



Ciencia a sorbos

Disfrutar la ciencia a pequeños tragos

MAYA VIESCA LOBATÓN

Académica del Centro de Promoción Cultural y coordinadora del Café Científic del ITESO

Independencia de criterio

¿Qué tienen que ver los movimientos estudiantiles y la divulgación de la ciencia? A primera vista tal vez poco. No obstante, si consideramos que la mayor parte de estos han buscado sensibilizar a la sociedad respecto a problemas públicos y aquellos relacionados con la democracia, la distancia parece acortarse.

En fechas recientes, mujeres y hombres estudiantes, científicos y ciudadanos, han realizado en algunos países la llamada “marcha por la ciencia” en demanda de mejores condiciones para la investigación científica y el reclamo de una ciencia que atienda el bien común, subrayando el papel que esta desempeña en la vida cotidiana de todos. En diferentes publicaciones desde su primera edición en 2017 se ha destacado, como lo hace Verónica Guerrero para *Ciencia UNAM*, que “la ciencia no es solo un cuerpo de conocimientos, sino

también una actitud frente a la vida, que incluye escepticismo, apertura, rigor, pensamiento lógico y apego a los resultados o evidencias”, y que “la divulgación científica debe tener, como elementos primordiales, la capacidad de conseguir que las personas ejerzan su libertad de pensamiento, aprendiendo a generar y defender sus propias opiniones, sustentadas en el conocimiento y el análisis crítico, bases propias del quehacer científico”.¹

Tal vez fueron estos propósitos los que hicieron que Luis González de Alba (1944–2016), uno de los líderes del movimiento estudiantil de 1968, el más significativo en la historia de nuestro país, desarrollara a lo largo de su vida una sólida trayectoria en la comunicación de la ciencia. El entonces estudiante de Psicología perteneció al Consejo Nacional de Huelga, y tras las protestas en Tlatelolco fue detenido durante dos años en la cárcel de Lecumberri, donde escribió *Los días y los años*, una novela testimonial de su experiencia en el movimiento.

Multifacético personaje, le interesaba la música, la biología, la astronomía, la física, y la política, además de ser empresario y activista de los derechos LGBTQ+. Como escritor cultivó la novela, la poesía, la traducción y el ensayo, y por su trabajo como periodista obtuvo el primer Premio Nacional de Periodismo en 1997. Sus columnas de divulgación de la ciencia fueron durante mucho tiempo las únicas en su tipo en el país. Durante diez años

escribió “La ciencia en la calle” en el diario *La Jornada*, posteriormente la columna “Se descubrió que...” en *Milenio Diario*, entre otras publicaciones.² Participó en el Café Científic del ITESO en septiembre de 2010,³ donde charló sobre el origen de la ciencia.

En *Luis González de Alba. Un hombre libre*,⁴ obra que recupera textos escritos sobre él, los autores coinciden en subrayar su férrea ética, en la que la búsqueda de la verdad desde la razón —algo siempre en tránsito, cuestionable, en construcción— tiene un papel central. González de Alba protagonizó un movimiento por la libertad de cátedra, rechazó el autoritarismo, buscó mayores libertades políticas y civiles, y posteriormente encontró en la comunicación de la ciencia un espacio de continuidad, un medio para seguir agitando ideas, entre ellas que la libertad solo puede estar fincada en la posibilidad de fraguarse un criterio independiente.

.....

1. Guerrero, V. (2017). ¿Por qué una marcha por la ciencia? *Paradigma XXI*. <https://bit.ly/4dike0w>
2. Blog que recupera las columnas que publicó González de Alba a lo largo de su trayectoria: <https://bit.ly/3BfEgLP>
3. Archivo CPC. (s.f.). “La ciencia se originó solo una vez” con Luis González de Alba. ITESO. <https://bit.ly/3zs6v9J>
4. Villarreal, R. (2018). *Luis González de Alba. Un hombre libre*. Tedium Vitae.



La Pisca

Experiencia y pensamiento jesuita

DAVID FERNÁNDEZ, S.J.

Mecanismo de Esclarecimiento Histórico de la Comisión de la Verdad sobre la Guerra Sucia

Acompañar movimientos juveniles desde la espiritualidad ignaciana

El modelo económico actual ha ampliado la brecha entre ricos y pobres, ha profundizado los procesos de explotación y opresión con la precarización del empleo y la concentración del ingreso, ha depredado ecológicamente la totalidad del planeta y ha contribuido a la deshumanización palpable del orbe. La crítica al actual sistema nos une, pues, al movimiento estudiantil de 1968.

Como planteaban los estudiantes del mayo francés, o del movimiento mexicano del 68, es necesario revertir la historia, subvertirla, lanzarla en otra dirección. El horizonte utópico sería la construcción de una cultura del trabajo y la austeridad como sustitutiva de la civilización del capital y el desperdicio.



Como universitarios y jesuitas necesitamos mirar atrás para lanzar la historia hacia adelante, hacia una mayor liberación, una democracia más profunda y una justicia social más abarcante.

La espiritualidad ignaciana es, antes que nada, una espiritualidad situada, es decir, que actúa siempre en un contexto determinado y no se abstrae de la historia. Es la espiritualidad que nace de la mirada con que “la Trinidad mira al mundo”, una ojeada es-

crutadora, analítica, compasiva, cuya finalidad es “hacer redención”, actuar para transformar la realidad.

Por eso, hoy como ayer, como hicimos con el movimiento del 68 y con el #YoSoy132, las instituciones confiadas a la Compañía de Jesús seguimos optando por acompañar a los movimientos juveniles. Ellos son el germen del futuro, son el presente de la historia, y tenemos una responsabilidad indeclinable en su origen y en su destino.

Ilustración: Alex Serpas